LAVERDE EN COMPOSTELA

I

La Pardo Bazán visita a Laverde.—D. Gumersindo mal casamentero.—Doña Emilia informa a Clarín *de su proyecto de escribir una Historia de las letras castellanas y de su visita a Laverde.*

Laverde Ruiz sabía de la existencia intelectual de la Pardo Bazán desde 1877, desde que, en abril de dicho año, siguió, en las páginas de *La Ciencia Cristiana,* la lectura de unos estupendos estudios críticos sobre poetas épicos cristianos (Dante, Milton, etc.), primera obra seria y trabajada de doña Emilia. Tuvo, pues, temprana noticia del talento y los méritos creadores de aquella hábil y fuerte escritora (¿cuándo surgirán en torno a ella los densos libros que tanto se merece?), que surgía envolvente y pujante a la vida literaria, y cuando la leía, bien ajeno estaría D. Gumersindo al hecho (que no tardó, sin embargo, en revelársele) de que diez meses atrás, al invitar él a M. Pelayo a que se presentase a un concurso sobre el Padre Feijoo, convocado en Orense en febrero de 1876, sin proponérselo incitaba a D. Marcelino a que rivalizase con aquella rotunda prosista enseñoreada de las páginas de *La Ciencia Cristiana,* porque es el caso que a dicho Concurso feijoneano habían de concurrir Doña Emilia y otra gran pensadora gallega, 30 años más vieja que la Pardo y con el prestigio ya merecidamente hecho: Concepción Arenal. Pronto el de Doña Emilia maduraría y huelga decir que Laverde siempre simpatizó más con la Pardo que con la Arenal (aunque a ésta la conoció personalmente primero, y hasta llegó a creerla santanderina), porque Doña Concep-

ción era más librepensadora y avanzada que Doña Emilia, al menos en la latitud cronológica 1876 a 1878. También cabe recordar ahora que el 25 de julio de 1878, por vez primera D. Gumersindo aludiera a la Pardo en sus cartas a D. Marcelino, con motivo de la aparición de la monografía de aquella *Juicio de las obras del Padre Feijoo*. Asimismo no está fuera de lugar advertir que a mediados de mayo de 1879, Doña Emilia había estado en Santiago, y aunque no se presentó a Laverde, éste no dejó de informar a M. Pelayo del paso de la coruñesa por la arcaica ciudad.

Dados todos estos antecedentes, se explica que D. Gumersindo deseara surgiese la oportunidad de conocer «de visu» y de viva voz, a la magnífica escritora herculina, y esa ocasión se presentó al visitarle espontáneamente la Pardo en Santiago de Compostela en el mismo centro del febrerillo loco de 1883. En este punto no está de más recordar (por lo que más adelante veremos) que una quincena antes, el 31 de enero, Laverde le escribiera a Menéndez Pelayo: «He pensado que mejor que en la historia de nuestra literatura sería que te ocupases en la de la Filosofía española [siempre D. Gumersindo intenta enviscar a D. Marcelino hacia la disciplina de sus personalísimas obsesiones], que ofrecería mayor novedad, y no daría lugar a comparaciones con obras anteriores [las de Ticknor y Amador de los Ríos, o la más reciente de Revilla y Alcántara García, añadimos nosotros] sobre la misma materia. La Historia de la Literatura debiera ser como el remate y coronamiento de todos tus trabajos literarios...». En efecto, debiera de haberlo sido, y con ello M. Pelayo hubiera prestado señaladísimo favor a la Historiografía crítico-literaria nacional, si bien es verdad que, aunque no lo fue de modo preconcebido y sistemático, con arreglo a un plan de antemano programado y ceñido a un gradual y biológico desarrollo por épocas, autores y géneros, bien es verdad, repito, que D. Marcelino casi casi vino a tocar de una forma o de otra —monografías sueltas, referencias aisladas, comentarios de libros y alusiones a autores dentro de sus cartas confidenciales— los más importantes jalones del proceso literario español, desde el Poema del Cid hasta los escritores contemporáneos: Valera y Pereda, Galdós y la Pardo Bazán, *Clarín* y P. Valdés; Ruiz Aguilera y Ferrari entre los poetas; Menéndez Pidal al frente de los eruditos, y hasta alguno de los jóvenes que surgían innovadores y revolucionarios: Rubén Darío y Santos Choca-

no en América, Salvador Rueda y Manuel Reina en España, si bien en este aspecto fue más intuitivo y sensible Valera, a pesar de ser casi 30 años más viejo que D. Marcelino. En atención a todo ello, y de la misma manera que un zurcidor más o menos hábil, (D. Jorge Vigón) extrajo del conjunto de la obra de Menéndez Pelayo materiales para construir una especie de *Historia de España* descrita y comentada por D. Marcelino, nosotros anunciamos ahora que desde hace tiempo venimos intentando hacer algo parecido con los desparramados textos que se refieren a una *historia crítica de la literatura española y de la poesía hispanoamericana* por Menéndez Pelayo, por si a la vista de nuestra ordenación, método y esquemas, los poseedores de los derechos literarios del maestro consideran oportuno y útil acometer la edición, en la que naturalmente no se volcarían íntegras las monografías densas, como, por ejemplo, los *Orígenes de la novela,* sino que se reproducirían de ella los pasajes más esenciales, más adecuados a nuestro propósito, procurando en todo instante no resultara deformado, empobrecido o difuso el pensamiento y la expresión de D. Marcelino. Y hecho este paréntesis, nos reintegramos al tema Laverde-la Pardo Bazán.

Quince días después de recomendarle Laverde a M. Pelayo que difiera para más adelante la elaboración de una *Historia de la Literatura española,* se va a dar la curiosa coincidencia de que, al visitar en Santiago la Pardo Bazán a D. Gumersindo, comunique a éste que está dudosa entre acometer la redacción de una *Historia de la Literatura,* o emplear su tesón y aptitudes en otros temas literarios, relacionados con aquél, o que equivalen a parcelas o aspectos del mismo.

La entrevista de la Pardo Bazán y de Laverde tiene lugar (es la primera vez que se ven y que se hablan) el día 14 de febrero de 1883. En dicho instante D. Gumersindo se aproxima a los 48 años, pero su semblante, trabajado por las gradas del dolor, presenta los surcos del sufrimiento, y Doña Emilia se encuentra en el apogeo de su rotundez apetitosa (aun no es pechugona, ni excesivamente obesa) con sus 31 años y medio, algo amplificaditos por las curvas de consola isabelina de la ya experimentada triple maternidad. Huelga decir que daríamos algo bueno por la grabación magnetofónica de dicha primera entrevista, pero tendremos que contentarnos (y ello ya no es poco) con la descripción que de dicho encuentro hicieron a D. Marcelino ambos protagonistas. Si disponemos de esa doble versión, de las dos caras de

la visita, y de noticias indirectas que inducen a sospechar que en principio Laverde ocultó a Doña Emilia los proyectos de Menéndez Pelayo respecto a escribir una *Historia de la literatura,* podemos darnos por satisfechos. Si nos quejásemos más, pecaríamos de ambiciosos y exigentes.

Al siguiente día de entrevistarse, con fecha 15 de febrero de 1883, Laverde escribe a M. Pelayo: «Ayer tuve el alto honor de ser visitado por Emilia Pardo Bazán, a quien no conocía. Una hora pasamos en amena plática, y quedó en volver a verme [y en efecto volvió a visitarle pocos días más tarde, en la noche del 18, y sospecho que nuevamente a mediados de marzo]. Díjome que estaba indecisa entre emprender la composición de una *Historia de la Literatura Castellana,* por el estilo de la que de la inglesa escribió Taine, o más bien la de nuestra riquísima *literatura mística*». Y Laverde añade, dando a entender tácitamente a D. Marcelino que lo que hizo lo hizo en favor suyo, para evitarle competencias en el tema Literatura española: «Yo apoyé con preferencia este segundo proyecto». Y, finalmente, el resumen de la impresión que le ha causado doña Emilia: «Es señora de alientos», y una afirmación que archi nos demuestra que no era D. Gumersindo buen casamentero: «Tu y ella habríais hecho un buen matrimonio». ¡Oh, que disparate! Ante él me limitaré a repetir la triple exclamación en que prorrumpió Rodríguez Correa al comunicar, en agosto de 1861, a Narciso Campillo que había visto en el Balneario de Fitero al poeta Bécquer con su esposa Casta Esteban: «¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!»

Días después (sospecho que el 19 de febrero) vuelve Laverde a dirigirse a M. Pelayo, y entre otras cosas le dice: «Ayer noche volvió a favorecerme con su amena conversación Doña Emilia». Esta permaneció aún algún tiempo en Santiago (calculo que aproximadamente hasta el 15 de marzo) y hay motivos para afirmar que se fue a despedir de Laverde y que entonces volvió a hablar de su proyectada Literatura, afirmando ante D. Gumersindo que M. Pelayo era el único posible continuador de la empresa de Amador de los Ríos. Ya reintegrada a La Coruña, enseguida dirige una interesante carta a D. Leopoldo Alas, fechada el día 17, y en la que le confiesa «me consuela y fortalece tan valiosa y colurosa aprobación», la que el difícil *Clarín* acababa de enviarle acerca del libro de polémica *La cuestión palpitante* y dispensándole el trato de confianza de hacerle confidencias en torno a sus per-

sonales proyectos, deferencia que induce a Doña Emilia a revelarle en estos términos los suyos: «Y puesto que con tan generosa fraternidad literaria me comunica Vd. sus planes, le diré todos los míos, y le ruego no se sonría al leerlos. Gústame alternar las novelas con obras serias, y alimento un proyecto análogo al que Vd. me indica en su carta (Quevedo, Juan Ruiz, etc.), sólo que más vasto. Aspira nada menos que a escribir una *Historia de las letras castellanas,* desde sus orígenes hasta nuestros días. ¿Cuándo verá la luz? ¡Dios lo sabe! Diez años, ocho, o tal vez cinco transcurrirán sin que aparezca un sólo tomo de la obra, porque no quisiera ni hacerla de prisa ni dejarla interrumpida; podría publicar muy luego un tomo: mas desearía que todos saliesen a la vez. Amador de los Ríos, como Vd. sabe, y Ticknor, sólo a medias, satisfacieron la necesidad de una historia literaria». Y en seguida surge algo directamente relacionado con la paralela intención de D. Marcelino, y con el chivarse a éste de D. Gumersindo, dándole cuenta de que en lo mismo piensa D.ª Emilia: «Menéndez, si la hace, la hará para sabios; yo quisiera hacerla hasta para semi-profanos, al modo de Taine. Continuamente estudio el asunto, y aun ahora acabo de pasar en la Biblioteca de la Universidad compostelana largas horas revolviendo librotes. Estos son mis sueños para el porvenir».

Siete días más tarde, el 23 de marzo de 1883, dirige Doña Emilia una nueva cariñosa carta —la 21— a D. Marcelino (estaban en relaciones epistolares desde setiembre de 1879), pero en ella aun no suelta prenda acerca de sus planes de escribir una *Historia de la literatura,* planes que, como hemos visto, ya ha revelado a Laverde y a *Clarín.* La carta de la Pardo se aloja en un papel que luce en su ángulo superior izquierdo una gran corona, en relieve y color de oro viejo, y empieza acusando recibo del «precioso libro de *Poesías*» de D. Marcelino, que éste acaba de enviarle, y que sugiere a Doña Emilia estas en principio equilibradas reflexiones: «Hoy se escribe floja, incoherente y vaga la poesía lírica; hoy la imitación de Bécquer y de Campoamor produce esperpentos que no pueden leerse sin reir ni bostezar». Lo que ya no nos parece tan equilibrado y nos suena a lisonja, es lo que a continuación la Pardo estampa: «Vd. señala a la poesía un rumbo nuevo..., de puro antiguo, pero así son casi todos los rumbos nuevos, se reducen a limpiar de malezas y descubrir un sendero ya olvidado; y, si Dios no lo remedia, vamos a tener aquí un bando de *neoclá-*

sicos [en verdad no los tuvimos, porque no era la hora, y en este punto falla la habitual perspicacia de doña Emilia, aunque sí tuvimos una serie de formalistas a lo parnasiano] que, como carecerán de la espantosa cultura de Vd. [la espantosa cultura, apostillamos nosotros, no tiene mucho que ver con la gracia y la novedad líricas] de su gusto fino, y de su natural soltura en el manejo del verso [esto tampoco se adecúa demasiado al caso M. Pelayo, poeta], nos lapidarán las orejas con sáficos peores que aquellos que Vd. me hizo romper, con tanta justicia, en Madrid» [cuando M. Pelayo asistía en la casa de la calle ancha de San Bernardo a las tertulias literarias y sociales de doña Emilia].

Y tras estas dedadas de miel al D. Marcelino rapsoda a lo helénico, y de decirle que el retrato que pone al frente de los versos está muy bien, «tiene un mohín en Vd. característico», y de agregar: «Del prólogo de Valera no hay que hablar, es una filigrana como todo lo suyo», la Pardo resume así la visita que en Santiago hiciera semanas antes a Laverde: «En Santiago tuve ocasión de hablar de Vd. largo y tendido con D. Gumersindo Laverde. Ya puede Vd. imaginarse lo que diríamos. El pobrecillo gozaba en aquellas conversaciones que le remozaban un poco, porque aunque no es viejo, viejo, la horrible enfermedad que le aqueja le tiene abrumado y casi inútil, si bien por penoso sarcasmo de la suerte conserva sus nobles facultades intelectuales intactas. Gozo singular le causaría si Vd. le hiciese una visita, y con eso, también a los demás nos tocaría algo».

La incitación de doña Emilia a D. Marcelino para que visitara a Laverde, y por consiguiente a Galicia, cayó en el vacío, como otras muchas que en diferentes ocasiones le hicieran, o aun le harían, el propio D. Gumersindo, el pontevedrés-orensano Jesús Muruais, y el granadino catedrático en Orense, D. Salvador Padilla, cuando quiso que fuera a conferenciar en los célebres Corpus literarios orensanos. Pero volvamos a lo nuestro para añadir que por aquellos mismos días (a fines de marzo de 1883), de nuevo Laverde escribía a M. Pelayo diciéndole:

«Emilia Pardo Bazán partió para La Coruña a fines de la semana de Pasión. Allí, según carta de su padre, le aguardaba el ejemplar de tus poesías. Está terminando sus estudios sobre los *Epicos cristianos*, que se editarán en Barcelona, y luego empezará a trabajar en la *Historia de las letras castellanas* [lo que quiere decir que ya doña Emilia ha resuelto su disyuntiva a favor de esta empresa], para la cual to-

mó apuntes en esta Biblioteca universitaria. Es poco aficionada a las obras de D. Angel Saavedra. Todavía estás a tiempo de escribir sobre su *San Francisco...*, cosa que D. Marcelino haría dos años después, en julio de 1885, redactando un primoroso ensayo sobre el gran libro de mi paisana, que ufanamente ésta colocó al frente de la segunda edición, impresa por Garnier en París, y que luego retiró de reimpresiones posteriores, al tirarse los trastos eruditos con aquel a quien llamaba «mi sabio» y «mi pozo de ciencia».

Por cierto que en la misma carta de Laverde a M. Pelayo se registra esta muy importante sugerencia, que habla muy alto en pro del cariño que de siempre sintiera D. Gumersindo por las hablas y las letras regionales: «Así como hay academias correspondientes americanas [felizmente éstas empezaron a constituirse a partir de 1870], debiera haberlas regionales para el estudio de los idiomas y dialectos peninsulares. Propón la idea a la Academia española, que, contando con personajes influyentes, fácilmente podrá obtener del Gobierno una pequeña subvención para que dichas academias cubran los gastos más precisos. Las Corporaciones populares y algunos buenos patricios no dejarían de ayudar. El P. Fita sé que las desea. Podrían ser a la vez correspondientes de la de la Historia, divididas en dos secciones. La 1.ª hornada de académicos podríamos nombrarla nosotros. Luego las mismas Academias cubrirían sus vacantes».

Ignoro lo que D. Marcelino respondió a la importante sugestión de Laverde, pero es forzoso sospechar que le agradó la idea, pues no en vano era devoto de los escritores montañeses, y cinco años atrás (si bien a ruegos de D. Gumersindo) escribiera aquel artículo-llamamiento, en pro de la constitución de una «Academia Asturiana».

II

Coincidencia en un ambicioso proyecto literario de la Pardo Bazán y D. Marcelino.—Fundadas reservas de Menéndez Pelayo.—Una interesante carta de Doña Emilia.

Al enterarse Leopoldo Alas de los proyectos de la Pardo Bazán de escribir una *Historia de la literatura española* informa a doña Emilia (a principios de abril de 1883) de que la misma idea acaricia Menéndez Pelayo, al tener noticia de lo cual, la gallega reacciona con radical sorpresa, lo que nos lleva a suponer que el bueno de D. Gumersindo supo ser discreto cuando ella le expusiera en Santiago dichos planes, ocultándole cuidadosamente que a la vez trazaba otros análogos don Marcelino. Sin embargo, es fácil que en la actitud de doña Emilia haya un tanto por ciento elevado de comedia, porque se nos hace difícil suponer que Laverde hubiera permanecido absolutamente hermético, y por otra parte ya ella aceptaba en la anterior carta a *Clarín* la perspectiva de que Menéndez se lanzase también a la empresa. En todo caso, son muy curiosos, y con un arranque pintoresco, a base de una popular frase hecha, los términos en que la Pardo se hace de nuevas y expresa su desencanto, a la vez que su voluntad de no renunciar a la iniciativa si el programa de D. Marcelino no coincide exactamente con el de ella. He aquí las literales confesiones de la Pardo: Me cayó como un jarro de agua sobre la cabeza la nueva de que Menéndez Pelayo piensa hacer una *Historia de la literatura española,* precisamente según el modelo de la inglesa de Taine. ¡No era tan mala la idea cuando también la concibió Menéndez! Yo sabía, es cierto, que proyecta o que está escribiendo una *Historia de las ideas estéticas en España;* pero eso no tenía por qué ser análogo a lo de Taine; podría serlo en el método, mas no en el asunto; parece que más bien se refería a la preceptiva, etc. En fin, ¿quién se puede poner con Menéndez? ¿Y por qué he de manifestar sentimiento, cuando lo que cabe es regocijarse de que el extraordinario joven emprenda labor tan necesaria?»

Sin embargo, ella no quiere desistir de su empeño y consulta a *Clarín:* «¿Qué le parece a Vd.? ¿Es ridícula vanidad el que yo piense aún en esa historia? Me hallo perpleja, y le voy a escribir a Menéndez [como veremos lo hizo once días después, el 18 de abril], al cual profeso cariño y amistad, preguntándole sin propósito indiscreto [tampoco resultaba muy discreto, proyectando, como ella proyectaba, acometer algo muy semejante], lo que pueda saberse del plan que madura. Yo pensaba concretarme a las letras castellanas, ni más ni menos; desentendiéndome de hispano-latinos, árabes, portugueses, gallegos y lemosines, aun me quedaba en qué entretenerme, y el asunto ganaría reduciéndose a más armoniosas proporciones; porque mi deseo era hacer algo que hasta los profanos, o medio profanos, leyesen con gusto, como sucede con la historia de Taine. Pues bien, yo creo imposible que Menéndez se encierre dentro de esos límites: ha de querer, y ha de lograr, erigir un monumento, una catedral donde quepa toda nuestra literatura hispana, la rabínica inclusive, y ha de abundar en notas, documentos y pruebas, haciendo así su historia de más erudita lectura aun que los *Heterodoxos.* Además [y en este punto la Pardo revela más su propio programa que el que posiblemente hubiera adoptado D. Marcelino, más dado a eruditeces que a psicologías, aunque con extensas excepciones, y de gran fuste, como los prólogos a la *Antología de Poesía castellana*] ¿querrá aplicar la teoría de los medios ambientes, tan humana y filosófica? Algunas veces la aplica en los *Heterodoxos;* otras no. En fin, si él tuviese un plan distinto del mío, aun me atrevería a seguir con el propósito...» Y refiriéndose seguidamente doña Emilia al otro gran proyecto que por entonces la tentaba (contagiada acaso por sus recientes estudios franciscanistas) y que tampoco llegó a realizar, añade: «Había yo pensado también en una *Historia de la literatura castellana mística y ascética;* algo había trabajado ya en ese terreno (que Rousselot no cultivó por completo), pero me daba pena dejarme en el tintero a los líricos, y a los dramáticos, y a los historiadores y sobre todo a los novelistas y narradores. En fin, allá veremos lo que dice Menéndez», al que, por cierto, doña Emilia dirigirá el 5 de mayo muy parecidas expresiones.

Don Marcelino, mientras tanto, como si por telepatía estuviera recibiendo comunicación de las miras de amplitud que doña Emilia le atribuye, con fecha 8 de abril, desde Madrid, escribe a D. Juan Valera

a Lisboa: «Puede usted enviarme de literatura contemporánea portuguesa lo que le parezca mejor o menos malo, porque como yo pienso hacer la *Historia de las letras peninsulares,* me conviene ir reuniendo todo lo que por algún concepto merezca estudiarse. Por contemporáneo entiendo todo lo posterior a Garret y a Herculano, porque éstos los conozco bien...».

En este punto, ya decidida doña Emilia a coger el toro por los cuernos y plantear de lleno a D. Marcelino su aspiración a escribir una *Historia de la literatura española* con criterio tainiano, dejó transcurrir once días (desde el 7 hasta el 18 de abril de 1883) rumiando lo que le diría, y cómo se lo diría, a Menéndez, o quién sabe si dejó pasar ese lapso de tiempo (supuesto más en consonancia con la espontaneidad y el carácter resolutivo de la coruñesa), aguardando simplemente a que M. Pelayo le pagase alguna de las deudas epistolares que con ella tenía, ya que no le contestara a varias cartas anteriores. Y llegado es el momento de entrar en una segunda, neurálgica fase, de la concurrencia de una misma iniciativa en las capacidades proyectistas de doña Emilia y de D. Marcelino: la fase presidida por un poner las cartas boca arriba por parte de la Pardo y exponerle paladinamente a Menéndez Pelayo sus planes y pensamientos.

Y siguió floreciendo abril, frente al espumoso Orzán, y como en el magín de la Pardo seguía bullendo la idea de escribir una historia de las letras castellanas con criterio tainiano, y ya no había duda alguna respecto a que en lo mismo, o en algo muy equivalente, soñaba D. Marcelino, ni corta ni perezosa se dirigió a éste (aun sin haber tenido contestación suya a las cartas que últimamente le dirigiera), con fecha 18 de abril de 1883. He aquí, íntegra y literal, la importante misiva, que creo se conserva inédita y que transcribí por mí mismo, a mano, en la Biblioteca de M. P. en Santander: «Señor. D. Marcelino Menéndez Pelayo. La Coruña - Abril 18 - 1883. Mi querido y buen amigo: ya me debe Vd. como setecientas cartas, pero a la presente espero y le suplico me dé contestación cuando buenamente pueda.

Yo me encuentro casi desocupada ahora y con deseos de emprender una obra formal. Dudé entre unas *Filósofas* y *Teólogas* y una *Historia de la literatura mística y ascética* y, por fin, arraigó en mí la idea de hacer una *Historia de la literatura española.* En estos últimos días ha llegado hasta mis oidos la nueva [por carta se la hizo llegar D. Leo-

poldo Alas, aparte de lo que hubiera podido oirle a don Gumersindo] de que usted proyectaba el mismo trabajo, y que, como yo, pensaba ajustarse en él al método de Taine.

Había oído también que lo que Vd. traía entre manos era la *Historia de las ideas estéticas en España* ¿Cuál de las dos versiones es exacta? pregunto, siempre que en preguntarlo no haya grave indiscreción. No he llegado todavía a madurar mis ideas, ni sé las variaciones que podrá sufrir. Tengo mucho que andar antes de llegar a la meta de los estudios que me he trazado para desempeñar la proyectada obra; pero por lo mismo que todavía estoy en condiciones de modificar mis planes, quisiera conocer de los de Vd. aquello que sin indisculpable impertinencia puedo desear conocer.

Creo que Vd. está seguro de la admiración y casi veneración que le profeso, y por tanto no me atribuirá propósitos de competencia que supondrían en mí desconocimiento de lo que Vd. vale y lo que yo alcanzo. Al contrario; precisamente en la distancia y diferencia que existe entre nosotros fundo yo mis esperanzas de hacer algo sobre literatura castellana, aunque usted cultive también ese terreno. Mis libros no tendrían nunca la riqueza erudita de los de Vd.; serán —si a tanto alcanzan— libros de no ingrata lectura, jamás libros de consulta, ni arsenal de datos, ni fuente de nueva luz para el conocimiento histórico de nuestras letras. Con esa triple coraza de la erudición sólo puede combatir Vd. que es el Aquiles de nuestra literatura. Deme usted, pues, dictamen. ¡Ayúdeme Vd. a orientarme! Arde en mí el deseo de decir de la Beatriz que todos amamos —la literatura patria— algo que otra lengua no dijese antes; pero soy tan poca cosa y me hallo en tan malas circunstancias, que me desespero. Adiós, mi siempre querido amigo. Es de Vd. verdadera amiga q. b. s. m. J. Emilia Pardo Bazán.

P. D. Envío ésta por nuestro buen amigo Daniel López, para tener la seguridad de que llega a sus manos».

Con esta apostilla final, quiere cortarle a don Marcelino la evasiva de decir que no ha recibido la carta, al par que le da a entender cuán interesadísima está en recibir una pronta y clara respuesta.

¿Cómo reaccionó Don Marcelino ante esta carta de la Pardo Bazán? De lo que vamos a exponer parece deducirse que primeramente habló en el sentido de que trasladase a la coruñesa su «dictamen» de que el proyecto de escribir una *Historia de la literatura española* en-

trañaba un gran riesgo, porque debido al atraso de los estudios bibliográficos españoles y a la falta de precisiones de toda índole, sería muy fácil incidir en errores ya aclimatados y caer en inexactitudes. Quizás en principio se le hacía cuesta arriba a D. Marcelino desengañar directa y personalmente a la Pardo, y por eso optó por enviarle asesoramiento y consejo a través de un intermediario. Y nada más lógico que suponer que el que hizo los oficios de mensajero fue precisamente D. Daniel López, aquel a través del cual la Pardo hiciera llegar su amistosa carta de consulta a Don Marcelino. Recibido por la gran gallega el «dictamen» del maestro desde La Coruña y con fecha 3 de mayo de 1883, escribía lo siguiente a Leopoldo Alas: «Menéndez me desanima a escribir la *Historia*. Las razones que da no me persuaden. Dice que dominan grandes errores y que me expongo a hacerme eco de ellos; que hay obras apócrifas, otras atribuídas a quien no las escribió y que debo esperar a que todo esto se aclare». La reacción de Doña Emilia frente a esta dialéctica es muy realista y juiciosa: «¿Cree Vd. que se haría algo si uno aguardase, como los krausistas, *la última palabra de la ciencia?* uno escribe lo que se sabe en su época y la misma fecha de la obra disculpa sus errores». Y seguidamente la malicia, y el propio instinto de inseguridad de la Pardo, traen a su pluma esta posible razón tácita de la invitación que D. Marcelino le hace a desertar del proyecto: «Quizás el amigo que desde Madrid me transmite este dictamen de Menéndez dora la píldora, y acaso lo que Menéndez piensa es que no alcanzan mis fuerzas para llevar a cabo la proyectada tarea». Y, en un rasgo muy propio de la mujer de gran talento que doña Emilia era, añade sincera, sin ñoñerías de falsa modestia, pero con clara conciencia de las dificultades que implica la empresa soñada: «¡En eso pienso yo también, de las veinticuatro horas del día, veintidós!».

Sin excluir lo que había de noble advertencia en las reflexiones desistidoras de Menéndez Pelayo, no tiene nada de particular que a éste no le agradase mucho confluyese a su mismo cauce histórico-literario doña Emilia, siendo curioso recordar que en 1876 Laverde invitó a don Marcelino a que acudiese al certamen literario en torno al Padre Feijoo, al que luego se presentaron la Pardo Bazán y Concepción Arenal. Entonces y ahora siete años después Doña Emilia y D. Marcelino estuvieron abocados a ser «competidores de oficio», pero en ambos casos la cosa no pasó de un amago, tentativa o simulacro de alta y eficiente

rivalidad, esa rivalidad que jugada de modo limpio es el más poderoso motor para el avance y perfeccionamiento de la Historiografía crítica y literaria. Y no quiero cerrar este párrafo sin hacer público que los fragmentos epistolares de las cartas de la Pardo a *Clarín* que atrás he transcrito, me permitió copiarlos de los textos originales (allá por la primavera de 1942, el bondadoso y sensible D. Adolfo Alas, hijo del inmortal autor de *La Regenta*. Con él y con su culta y amable esposa doña María Cuervo, pasé ratos inolvidables, revisando los papeles del gran crítico, y —ya muerto D. Adolfo— ordenando el *Epistolario*, que se proyectaba publicar por la Editora Nacional, que poco antes lanzara las cartas de Palacio Valdés y Unamuno a D. Leopoldo Alas. Desde entonces poseo redactado un amplio estudio acerca de la red de relaciones epistolares del ocasionalmente zamorano y sustancialmente astur, de cuya adscripción a la ciudad de Oviedo (a los ocho años de edad) se cumplió un siglo el pasado 1959.

Y a todo esto aun no hemos dicho que no se contentó D. Marcelino con contestar a la Pardo por medio de un enlace. Consideró tal vez que era más noble, aunque en un punto resultase menos galante, escribirle él directamente a doña Emilia, más bien que para remachar la lista de inconvenientes que llevaba aparejada consigo la gran empresa de elaborar una *Historia de la literatura española*, para un tanto puerilmente disculparse de haber él pensado en ello. Sospecho que la carta de Menéndez Pelayo estaría fechada en los primeros días de mayo de 1883 y que doña Emilia debió de recibirla el día 4 o el 5, y, sobre la marcha, como a vuelta de correo, y satisfecha de que a su abertura de carácter el cántabro corresponda con la franqueza del suyo, le dirigió con fecha 5 de mayo, desde La Coruña, una carta, que creo inédita, que copié en la Biblioteca de M. P. y que comienza así: «Mi muy querido Marcelino: su carta de usted pide pronta respuesta; no diga Vd., pues, para su sayo, que le asedio con epístolas; no lo volveré a hacer, como dicen los niños, y Vd. no está obligado a imitar mi puntualidad ni mucho menos». Y tras ocupar cuatro párrafos hablando del trabajo que sobre su *San Francisco* espera de D. Marcelino, y del que le releva si se encuentra muy atareado, y después de hacer reflexiones sobre el posible porvenir de la estética naturalista, se centra en «lo otro» (el tema de la *Historia de la literatura española*

que independientemente el uno del otro han decidido acometer), expresándose de esta forma altamente interesante:

«Vamos a lo otro. Me hace gracia el que Vd. se disculpe de tener que escribir la *Historia de la literatura española.* Pues sí es en usted un deber hacerlo, y no por *oficio,* sino por otras razones más altas. No sé si recuerda Vd. que al decirle mi opinión sobre los *Heterodoxos,* le elogiaba sobre todo aquellas partes de la obra en que hacía Vd. biografía y crítica de escritores y le indicaba que la verdadera vocación de su pluma era la historia literaria. (1) Nadie como Vd. para alzar

(1) Exactamente, la Pardo le había escrito a M. Pelayo el 8 de julio del 82, comentando el III y último tomo de sus *Heterodoxos:* "¡No se disculpe Vd. de los pormenores literarios en que complacido se detiene! Si prescindiendo de los pormenores hubiese Vd. hecho un seco catálogo de heterodoxos, ¿sería su obra de Vd., como es, un precioso arsenal de datos para la historia de nuestra literatura? Nunca está Vd. tan en su terreno y esfera propia como escribiendo de letras. Podrán sus juicios ser aceptados o recusados, pero siempre han de ser respetados. Tanto es lo que valen, en mi concepto, los estudios en que especialmente domina la literatura en su libro de Vd., que si algo me agrada menos en él, es cuando el asunto le lleva a Vd. a mezclar por fuerza alumbrados y brujas con escritores de cuenta como White. Su obra de Vd. es, a no dudarlo, más completa en la forma que Vd. le ha dado; pero para mí tendría más sabor si fuese tan sólo historia de la heterodoxia en la literatura y ciencia españolas". Y seguidamente Doña Emilia le sugiere de un modo concreto que se centre en la tarea de historiar las letras españolas, prosiguiendo la obra de su antecesor en la cátedra de la Central. "¿Por qué no termina Vd. el comenzado monumento de Amador de los Ríos? Francamente, esas brujas esos herejes místicos y sensuales, no merecen pasar por la pluma de Vd. Así es que su estilo de Vd. se colorea, brilla, corre y encanta al tratar de Donoso Cortés, de Marchena, de Juan de Valdés, de las personalidades literarias en su ma. Es algo de lo que me ocurre decir a Vd. sobre su último libro".

En relación con dicha preocupación temática, no creo fuera de lugar recordar que ya en noviembre y diciembre, de 1881, Laverde y M. Pelayo, en las cartas que se cruzaban, hacían referencia a la *Historia de la Literatura* que don Marcelino pensaba escribir, y que a los tres meses (23-III-1882), al contestar D. Juan Valera desde Lisboa a una carta en que M. Pelayo le expone que lo primero que va a hacer es una *Historia de las ideas estéticas,* replique a D. Marcelino: "*La Historia de las ideas estéticas en España* es precioso asunto, pero todavía sería mejor una buena *Historia de la literatura española,* completa, que está por escribir. Ticknor era un erudito sin crítica y sin capacidad de sentir bien y comprender la hermosura. Amador de los Ríos sentía algo mejor, aunque torcida y pedantescamente a veces, y era pesado como el plomo. ¿Por qué, pues, ha de partir Vd. y despedazar las cosas? Escriba toda la *Historia de la literatura* y no sólo la de las teorías sobre ella". Y aun debemos añadir que el

el monumento que esperan con ansia las letras; nadie, y esto le he repetido mil veces a cuantas personas me hablaron de Vd.». Y recordando en este punto doña Emilia las conversaciones sostenidas en Santiago con Laverde poco antes, al ir a mediar marzo, agrega: «Sólo un hombre —decía yo a D. Gumersindo no hace dos meses— puede continuar y mejorar la obra de Amador de los Ríos; sólo Marcelino tiene hombros para soportar ese peso. Ya ve Vd. si me alegraré de que me dé Vd. la razón y de que rinda Vd. a la patria el triunfo que tiene derecho para reclamarle.

Cuando asi me explico, ya comprenderá Vd. que no soy del número de las gentes superficiales que le relegan a Vd. al polvo de las Bibliotecas, como si fuese un ratón o una polilla. Precisamente usted es para mí, no sólo un sabio, sino un gran escritor, que trae cosecha de ideas propias. No le pese a Vd., pues, el lastre de erudición que lleva consigo; lástima que no se pueda repartir; ya vería Vd. si los que más desdeñosamente hablan de sus libros ponían la mano para que les cayese algo.

Por lo que hace a mis proyectos no sé lo que haré; pero desde luego los de Vd. no son obstáculo, antes me animan. Tengo en el magín varias cosas que necesito pasar al papel; sólo que también necesito

---

22 de junio del mismo 1882, de nuevo Valera vuelve a insinuar a D. Marcelino la conveniencia de que escriba la dichosa *Literatura,* pues después de recomendarle que "debe tomar resuelta e infatigablemente la férula crítica y aun los cordeles en la mano" y enjuiciar a los escritores de su tiempo (tal como acaba de hacer con Martínez de la Rosa), añade: "Como en Vd. es extraordinaria la facilidad en el trabajo, esos artículos sobre literatura contemporánea bien podrían luego publicarse en tomos; le quitarían poco tiempo para escribir obras más serias y extensas, verbi gratia, la historia de nuestra literatura", incitaciones éstas a las que M. Pelayo responde el 26 del mismo junio: "...me lisonjea mucho el que Vd. me crea capaz de meterme a juez y censor de la literatura", española contemporánea...", ""opino como Vd. en cuanto a la inclusión de los portugueses, comenzando por ese nuevo *Romancero de la isla de Madeira.* Para que el estudio sea completo y fructuoso, me convendría leer los tomos del *Cancionero y romancero portugués,* de Teófilo Braga...".

Invitaciones de D. Juan Valera, Laverde Ruiz y la Pardo Bazán son las atrás transcritas, que entrañan subido interés en orden a explicarse cómo fue gestándose en el ánimo de M. Pelayo la idea (que desgraciadamente nunca llegó a realizar con disciplina, método y sistema) de historiar ordenadamente, en la pluralidad de géneros, épocas e idiomas ibéricos el devenir de todas las letras peninsulares.

trabajar y estudiar mucho para no caer en los precipicios que usted me señala. Como yo me figuraba, su plan de Vd. es enteramente distinto del mío; cuando me dijeron que iba Vd. a sujetarse al de Taine —en el cual me había fijado yo— pensé y con razón, que ya podía renunciar a mi proyecto; mas del modo que Vd. me indica será su obra, no se parece en lo más mínimo a la que yo deseo realizar.

Nació mi pensamiento queriendo hacer un estudio sobre Santa Teresa, la Venerable de Agreda, etc. Vi lo difícil que me sería encerrarme en esos límites, y pensé entonces en una *Historia de la literatura mística y ascética,* pero me daba pena dejar a los historiadores, a los poétas y sobre todo a los narradores y novelistas; y entonces se me ocurrió ya hacer historia general, pero solamente de la literatura castellana. Jamás quise, ni querré, abarcar todas las literaturas peninsulares; eso se queda para Vd. que está en el secreto; yo no, y aquí empiezan las diferencias que hacen imposible (aunque no existiesen otras razones) la competencia que Vd. cree se podría establecer [de estas palabras de la Pardo claramente se deduce que D. Marcelino exteriorizaba el temor a que se produjese dicha competencia, prejuicio que resulta altamente honroso para doña Emilia] entre su obra y la mía. Tampoco quiero nada (en detalle) con los hispano-latinos, ni me dará mucho que pensar la cuestión de orígenes. Tanto es así que el título de mi obra, si llega a publicarse, será éste bien significativo: *Historia de las letras castellanas.* Ya ve Vd. que mi plan es tan modesto como vasto el de Vd. y aun quién sabe si, modesto y todo, podré llevarlo a cabo. Usted, soltero y libre, puede firmar contratos con editores; yo, con tres chiquillos, presa aquí donde apenas hay Bibliotecas ni comercio intelectual, no me atrevo ni a figurarme cuándo estará listo el primer tomo. ¡Sabe Dios lo que será de mí! Y sobre todo ¡sabe Dios si el convencimiento de mi escasez de fuerzas me impulsará a romper las empezadas cuartillas!

No tema usted, pues, [al desvanecerle doña Emilia este temor, indirectamente da a entender que le fue formulado por D. Marclino] que se le pase a nadie por las mientes servirse de mi libro para hablar mal del de Vd. Es decir, yo ya sé que de todo se puede echar mano; pero ¿qué importarían tales niñerías caso que se produjesen?». Y seguidamente surgen en la pluma de la Pardo unas expresiones muy simpáticas y muy expresivas de la sencillez que al carácter de D. Marceli-

no atribuye: «Me parece Vd. excesivamente modesto. ¿No conoce usted su propio valer? Es posible que crea Vd. que su obra va a quedar así *ad usum scholarum* y no a ser la admiración de la Europa sabia? No lo creo. Si mi librejo empezase a salir antes que el de Vd., sería un preludio; si después (que es lo probabilísimo), un comentario; y en cualquier caso, un acorde aislado que no puede ni oirse ante la grande y hermosa sinfonía que va Vd. a entonar. Le felicito anticipadamente y le ruego que tenga más conciencia de su mérito y que no olvide a su buena amiga, Emilia Pardo Bazán».

Carta esta, como habréis podido observar, llena de naturalidad y buen sentido, y que en general transpira franqueza y rectitud de propósitos. No obstante, como en aquel entonces los estudios de ricas vetas y filones de nuestra gran literatura estaba por hacer, doña Emilia a don Marcelino, o don Marcelino a doña Emilia, irremediablemente se hubieran «pisado» multitud de aspectos pendientes de revisión, si como era de esperar no salían sus obras a la par y la del uno se anticipaba a la del otro. Y aun aceptando que el uno trabajase desde un ángulo preferentemente erudito y de estrujamiento documental, y la otra con una visión más impresionista y tainiano-psicológica, la coincidencia de valoraciones críticas y el adelantamiento de puntos de vista comunes, casi forzosamente tendría que producirse. Por ello M. Pelayo no es un simple maniático, ni denota la enferma hipersensibilidad del que se creyera ya «a priori» perjudicado cuando, tanto a Laverde como a la propia Pardo Bazán (así parece deducirse de las cartas de éstos), confiesa sin empacho y noblemente que de anticipársele doña Emilia puede dañársele en sus planes.

III

Laverde, mediador entre Menéndez Pelayo y Doña Emilia.—El tema de una Historia de las letras peninsulares en el epistolario Valera-Menéndez Pelayo.—Proyecto de un gran libro y un libro que ya es realidad.

Simultáneamente a dirigirse —indirecta y directamente— a la Pardo frenándole en sus impulsos a escribir una *Historia de la literatura*

española, a lo Taine, Menéndez Pelayo (que no las tiene todas consigo y no gusta de dicha competencia), a finales de abril o principios de mayo de 1883, exterioriza en carta a Laverde sus temores de que la animosa coruñesa se le adelante en la realización del transcendental cometido. Y, casualmente, el mismo día (5 de mayo) en que la propia doña Emilia escribe desde La Coruña a D. Marcelino tranquilizándole, también lo hace D. Gumersindo desde Santiago, y en los siguientes curiosos y marrulleros términos, denunciadores de que la condición maniobrera y electoral tan típica del Noroeste le había contagiado a D. Gumersindo, y éste ya se encontraba intensamente galleguizado. Comprobémoslo. Habla Laverde a D Marcelino: «No te dé cuidado el que D.ª Emilia se te adelante. Al fin y al cabo, su obra, limitada a las letras castellanas, no será respecto a la tuya, más que una monografía. Además, así podrás aprovecharte de sus aciertos, que los tendrá sin duda en todo lo subjetivo. Pero, si insistes desde luego en acometer tu empresa, espero que no por esto dejes de darnos pronto la segunda edición de los *Heterodoxos* y de *Horacio en España,* que muchos anhelan». Y, seguidamente, y como de costumbre, surge el taxativo y terminante consejo (que en este caso, en líneas generales es juicioso) acerca del punto cronológico en que debe abordar, al menos en principio, la proyectada *Historia de la literatura*: «Yo en tu caso, dejando para lo último la parte ya tratada por Amador de los Ríos, empezarían por el siglo 16.º. Esto, además de ser una especie de homenaje a la memoria de tu predecesor, satisfaría la necesidad más urgente. Quizá, en vez de llevar de frente todos los géneros a un tiempo, o dígase sincrónicamene, sea preferible que dentro de cada ciclo trates de cada género por separado, pues el primero de estos procedimientos me parece asaz complicado y embarazoso. Tu videbis». Tras este latinorio, a Laverde se le va el santo al cielo... bibliográfico, para romper la coherencia de la carta con esta exclamación: «Buena adquisición es esa de *Vindicias lulianas*», tras lo cual desciende de nuevo al terreno epistolar que venía pisando, y como si en la breve fuga al cielo bibliográfico le hubiera sido revelada la fórmula de encantamiento para distraer a doña Emilia, sugiere «muy pillín», estratega y malicioso: «Para lo que parece cortada doña Emilia es para escribir monografías sobre los *Personajes poéticos españoles.* Creo que no sería difícil meterla por este camino si se la

estimulase, y así acaso desistiera de la historia literaria». Y como en Laverde del dicho teórico al hecho no hay más que brevísimo trecho, recomienda: «Propón a la Academia que abran un certamen para premiar memorias sobre *El Cid en la literatura,* por ejemplo, y es casi seguro que doña Emilia acudiría a la palestra. Si el resultado fuese feliz, podría repetirse la función», y así se prolongaba indefinidamente, añadimos nosotros, el mágico confinamiento erudito de la Pardo Bazán. Y aun afina más la puntería D. Gumersindo: «Tal vez, en lugar de un tema determinado, sea mejor designar una serie de ellos, los principales personajes poéticos españoles, dejando la elección a los concursantes. A Doña Emilia le servirán mucho sus conocimientos en lenguas vivas, pues posee las principales de Europa». Y dando a entender en seguida que M. Pelayo no comparte la baja apreciación en que doña Emilia tiene al poeta romántico de *El Faro de Malta,* agrega: «Tampoco yo soy con esta señora en su juicio sobre el duque de Rivas, para mí uno de los primeros ingenios del mundo [en este caso resulta mayúsculo el bandazo de Laverde hacia el juicio extremo, contrario al de Doña Emilia]. Aparte *El Moro expósito,* los *Romances* y el *D. Alvaro,* ¿cuánto no ofrecen de admirable *Florinda* y las leyendas, sobre todo el *Maldonado?*».

A finales del mismo mes de mayo de 1883, Laverde sigue dándole vueltas a la táctica para entretener a la Pardo Bazán y apartarla del objetivo *Historia de la literatura,* y volviendo, con variantes de cebo, a lo que ya se le ocurriera, dice a D. Marcelino con fecha 28 de mayo: «Para distraer a D.ª Emilia de la *Historia de la literatura castellana,* lo mejor sería que la Academia abriese un certamen sobre los *místicos españoles* [yo creo en este punto que lo que el subconsciente de Laverde sueña es dejar místicamente absorta a la Pardo Bazán, y en tal alto grado, que incluso llegue a ponerse en trance, a caer en éxtasis y que luego éste se prolongue mucho tiempo, puesto que añade], señalando un largo plazo». Y dejando a un lado esta nuestra interpretación psíquico-humorística, conducente a poner a Doña Emilia en célico fuera de combate, veamos la razón de que D. Gumersindo haya propuesto esta nueva receta: «Ya creo haberte escrito que dicha señora estuvo vacilando entre este asunto y la historia literaria».

Y por cierto que en esta misma carta de Laverde se localizan breves pero interesantes juicios acerca del autor de *El señor de Bembibre,*

Enrique Gil y Carrasco, ese hijo del Bierzo verdoso, pinariego y semigalaico, al que (y no sin claves psicológicas que lo justifiquen) críticos extranjeros y nacionales (entre estos últimos M. Pelayo, Cejador y José M.ª de Cossío) suelen alinear entre los escritores célticos o del Noroeste español. He aquí esos juicios laverdaicos: «Recibí, en efecto, las *Obras en prosa* de Enrique Gil [recordamos que en 1873 Laverde prologó un tomito de las en verso]. Al verlas reunidas, me parece mayor la talla de este ingenio, mejor prosista, sin duda, que poeta. Sus artículos ofrecen sabrosa lectura y no dejan de contener reflexiones y juicios notables».

Pocos días más tarde (hacia el 4 de junio de 1883) D. Marcelino reitera a Valera que va a escribir una *Historia de la litertura española,* ibérica, y D. Juan se lo aplaude con fecha 7 de junio en los siguientes términos: «Apruebo que en la *Historia de la literatura española* que se propone Vd. escribir, llegue Vd. hasta nuestros días y diga con franqueza su opinión, incluyendo a los portugueses».

Y permitidme romper aquí el en algunas ocasiones odioso encadenamiento cronológico, para apuntar que un año más tarde, el 3 de julio de 1884, todavía el tema de la tan mencionada *Historia de la literatura* bulle en la pluma de la Pardo, que en aquella fecha escribe una carta a D. Marcelino elogiándole los *Estudios críticos* que acerca de Martínez de la Rosa, Núñez de Arce, etc. acababa de publicar en un volumen. Los juzga trabajos de alta crítica, primorosos como joyas, penetrados del «sentimiento de admiración inteligente y amorosa», dignos de codearse con los del ídolo crítico francés de la Pardo: Sainte-Beuve, y concluye diciéndole, y a la vez exhortándole: «¡Que magnífica historia de la literatura puede Vd. hacer y hará! ¡Es Vd. tan joven aún, ha dado Vd. tanto de sí y puede producir tantísimo!». Y tras esta travesura de haber dado un salto de un año, retrocedemos a nuestras bases cronológicas de partida (febrero de 1883) para seguir historiando las relaciones de Laverde Ruiz con la cultura gallega, y la crónica informativa que del movimiento de ésta va facilitando a don Marcelino; pero antes debemos manifestar que de haber llevado a cabo doña Emilia y Menéndez Pelayo sus respectivos planes de publicación de una *Historia de la literatura española,* cabe predecir ahora —paradójicamente, «a posteriori»— que no todos los triunfos se los hubiera apuntado el gran D. Marcelino. Doña Emilia era, en punto a

talento, mucho Doña Emilio, y a pesar de haber nacido cinco años antes que Menéndez Pelayo, por lo que respecta a sensibilidad para la fina captación de los valores líricos, podéis calcular que reaccionaba como venida al mundo un cuarto de siglo después de D. Marcelino. Y no hablo por hablar, ni he perdido el sentido de lo «responsable». Tengo varias y poderosas razones para prejuzgar (la muy fina apreciación de Bécquer y de Ferrán por parte de la Pardo, y su aptitud para el justiprecio de la mejor veta lírica del XIX español: la germanizante o germanizada) que en la literatura de Doña Emilia la poesía del XIX aparecería estudiada con un criterio más moderno, más vigente en la actualidad que el de D. Marcelino, el cual, como ancha e importante compensación, la batiría por todo lo alto en los arduos problemas de los orígenes de la épica medieval y del teatro español. Otro capítulo en que me imagino no quedaría la gallega por debajo del cántabro sería en el análisis de aquellos géneros literarios con declive a lo sociológico y en la contemplación de la gran novela española (en la pesquisición de sus *Orígenes* D. Marcelino se mostró genial), especialmente la de nuevo signo —la del XIX— abierta a horizontes europeos. Respecto a los medios expresivos de cada uno de ellos, los dos hubieran cuajado (y ambos lo demostraron en los importantes estudios que llegaron a escribir) una hermosa prosa modelo de exposición doctrinal, más lírica y traviesa y audaz la de doña Emilia, más lenta y reposada, y grave, pero no menos bella, la de D. Marcelino. Y quién sabe si lanzados a la obligación y a la devoción de escribir una literatura metódica y de ambición exhaustiva o semi-exhaustiva, no corregían ambos raras limitaciones de ángulo de visión, que es muy fácil y cómodo denunciar ahora: D. Marcelino la cerrazón total frente al Góngora culterano, sin embargo entrevisto y medio adivinado por D. Adolfo de Castro ya en 1857, y ambos, Doña Emilia y Don Marcelino, un grave pecado de lesa y contemporánea literatura, una falta de justicia en que ambos incurren y que es mil veces más imperdonable en doña Emilia: el inexplicable hermetismo frente a la Rosalía Castro de *En las orillas del Sar* (de este libro, parcialmente, pero frecuentemente genial, no recoge el cántabro ni un solo verso en su elección de las *Cien mejores poesías de la lengua castellana),* silencio —repito— mucho más punible y condenable en la pluma y en los labios de Doña Emilia, que, además de ser paisana de la poetisa, estaba más atenta al fenómeno li-

rario actual, al ritmo de aparición de las grandes novedades, y que, por otra parte, evidenció poseer un paladar especialmente apto para saborear los líricos relacionados con Heine, entre los cuales se contaba Rosalía, aunque ella sea muy ella, muy autónoma y personal, cuando en sus mejores momentos se entraña en sí misma y el dolor se le enrosca a los versos, con el mismo ceñimiento y dramatismo con que una apasionada culebra pudiera enroscarse a la espiral de una columna salomónica.

Y aun me resta decir que si en 1882 y 1883 Laverde y Valera y la propia Pardo Bazán, estimulaban a D. Marcelino a que realizase el servicio español de hacer un alto en sus estudios monográficos, cabe suponer que de reencarnar hoy aquellos inteligentes devotos de las letras patrias, unirían sus voces a la modesta mía para, apuntando al radical poeta y maestro de la presente historiografía crítico-literaria, don Dámaso Alonso, decirle: es Vd., sin duda, quien ha heredado el honroso deber de acotar unos años de la vida para quemarlos en la empresa útil y bella de construir una *Historia de las letras castellanas.* Usted, que tan agudamente conoce los problemas de la épica medieval y que prácticamente ha renovado, con actual criterio estilístico. la contemplación de los más grandes poetas de los dos Siglos de Oro (Garcilaso y San Juan de la Cruz, Góngora, Lope y Quevedo); usted, que cuando ha disertado sobre la gran novela nacional y su inserción en la europea, lo ha hecho con desentrañamiento de lo español universal y una impresionante emocionada precisión; usted, que también sabe comprender a los que en torno suyo se han movido, los Manchado, Lorca, Aleixandre, Adriano del Valle, etc., y a los que en plena juventud hablaron con dolor ya maduro (Blas de Otero), y a los que en un rincón de la vieja provincia escondieron su delicadeza (Pimentel); usted, D. Dámaso Alonso, ha heredado de D. Marcelino el deber de una vez terminados los estudios que están en el telar, hacer el sacrificio de impedir el brote de cuantos nuevos en su subconsciencia intenten nacer, para renovar sus lecturas de los clásicos y modernos, completar las de los contemporáneos, y en el plazo de cinco o seis años (usted es largo de mirada para leer y de pluma para escribir) darnos la gran *Historia total de las letras españolas,* incluídas la catalana y la gallega (¡oh, qué gran ventaja la de usted: conocer a fondo las lenguas peninsulares!) Y si fuera posible, las de Portugal, Hispanoamérica y Filipinas, en cuyo

caso su servicio sería anchuroso y de impacto pluralmente hispánico, resonante en las cinco partes del mundo.

Y en este punto de teorizar acerca de una *Historia de la literatura*, es de estricta justicia saludar con alborozo la aparición en estos días de una gran *Historia general de la literatura española e hispanoamericana*, amorosamente construída, a lo largo de diez años fértiles y laboriosos, por los Drs. D. Emiliano Díez Echarri y D. José M.ª Roca Franquesa, catedráticos de Literatura de Universidad e Instituto, respectivamente. Desde el punto de vista panorámico o del conjunto (que es como hay que enjuiciar obras de tan ancho aliento), se trata de un muy valioso aporte, conducido en prosa sobria y elegante, con hábil e inteligente aprovechamiento del espacio y reflejando la utilización de mucha y bien seleccionada bibliografía, que aparece copiosamente ordenada después de cada capítulo. Como todas las empresas humanas, absolutamente todas, no carecerá de partes débiles y será susceptible de que los unilateralistas de temas monográficos no encuentren el acotado tema de su concreta especialización desarrollado en la forma y límites que ellos quisieran, pero ya es sabido que es mucho más fácil ser puntilloso agricultor de una pequeña parcela, que roturar los anchos campos de todas las literaturas del mundo de expresión castellana, a excepción de la filipina, que, cuantitativamente, representa bien poca cosa. Muchas son las excelencias y virtudes captables en la obra que al paso glosamos, pero no es la menor la de comprender que una sola es (por el común fondo tradicional y por el unánime instrumento expresivo) la literatura de las dos márgenes del castellano, aunque en cada una de las repúblicas de América se irise y se colore (y ello sea en buena hora, ya que nos convierte en multimillonarios de matices), con los zumos autóctonos y las entrañables tintas de cada uno de los substratos indígenas. En este punto de difundir en España una vasta producción literaria de estirpe cervantina, diseminada en veinte países de habla española (prosa costumbrista, novela, teatro, lírica, etc.) y casi vergonzosamente desconocida entre nosotros, los Srs. Díez Echarri y Roca Franquesa han prestado un inestimable servicio, que será reconocido en España y que encontrará eco de comprensión y gratitud en los veinte solares en que, como diría Rubén, se sigue rezando a Jesucristo y hablando en español. Albricias, pues, por la irrupción en nuestro mundo literario de un libro, que a

pesar de reflejar miles de bien asimiladas lecturas y de traernos a manos llenas distantes tesoros de la literatura hispánica, remata el preliminar que los autores brindan «Al lector» con esta noble lección de humildad: «Por último, estamos seguros de que a lo largo de nuestra *Historia* el lector encontrará errores y omisiones, casi inevitables en esta clase de libros. Para unos y otras pedimos indulgencia y solicitamos el concurso de los mismos lectores, con el fin de corregirlas en sucesiva edición, si hubiese lugar a ella». Sí habrá lugar, y pronto, porque existe una porosa avidez de conocimiento de los recíprocos caudales literarios entre todos los países adscritos al área de la Hispanidad y porque son infinitos los aciertos de crítica y de síntesis, de información erudita y desentrañamiento psicológico, de aducimiento de lo anecdótico transcendente y de análisis de lo técnico, de lo preceptivo y estructural, registrables a lo largo de 1530 páginas a dos apretadas columnas, más cincuenta de índices. Y hagamos punto, no sin advertir que la sombra de aquel Laverde Ruiz que fue catedrático de Retórica y Poética y de Literatura española en Institutos y Universidades, sin duda verá con gusto que este capítulo remate con la referencia a una *Historia de la literatura* fervorosamente amasada en el Oviedo de sus amores, por un catedrático de Universidad y otro de Instituto, del tiempo presente.

IV

La hija de Laverde describe la muerte de su padre.

De una carta de 1.º de noviembre de 1890, hasta ahora inédita y dirigida a D. Fermín Canella por la hija de D. Gumersindo, Pura Laverde, describiendo el fallecimiento de su padre, transcribimos los siguientes emotivos párrafos:

«Su vida fue un continuo martirio, sin moverse de un sillón, con atroces dolores, invocando siempre a la Virgen y a los santos y en sus últimos días, en que los padecimientos fueron mayores, dijo a un amigo que sufría mucho, pero que estaba muy contento de padecer para así ganar el cielo.

Todas las noches preguntaba qué santos eran los del día siguiente, y el once por la noche hizo la misma pregunta, y como le contestásemos que la Virgen del Pilar, exclamó: —mañana hay una gran fiesta a la que estoy invitado y he de asistir, y esto lo repitió dos veces. El doce por la mañana nos dijo: —os quiero con toda mi alma, pero me voy a morir y quiero estar a solas con Dios, delante del cual voy a comparecer muy pronto. No se equivocó, pues a las dos de la tarde entregó su alma al Creador sin casi agonía, rodeado de su familia y del Padre Doncel, que era su confesor predilecto». Y en este punto la hija de Laverde añade estas palabras que rezuman ingenuidad y ternura: «Quedando mucho más guapo que de vivo, y parecía que en su semblante se retrataba la felicidad [por eso le veía ella más hermoso] que seguramente goza en el cielo».

V

Cartas cruzadas entre Canella y Menéndez Pelayo acerca de la edición de las obras de Laverde.—Más cartas sobre el mismo asunto dirigidas a Canella por el hijo de Laverde y por D. José Comas.

A los tres meses y pico del fallecimiento de Laverde Ruiz, el leal amigo de éste, D. Fermín Canella, sigue noblemente preocupado por la conveniencia de publicar las obras selectas de D. Gumersindo, y, con fecha 23 de enero de 1891, se dirige a D. Marcelino Menéndez Pelayo en una extensa carta que los Sres. Martínez Cachero y Sánchez Reyes reprodujeron en las páginas 81 y 82 de su libro *Menéndez Pelayo y Asturias*.

A dicha carta contestó meses más tarde el afanadísimo D. Marcelino con la siguiente carta, que ha permanecido inédita hasta este momento, y cuya reproducción nos ha sido bondadosamente autorizada por los descendientes de D. Fermín Canella:

Madrid, 6 de junio de 1891.

Sr. D. Fermín Canella y Secades.

Mi estimado amigo y compañero: tengo que pedir a Vd. mil perdones por la tardanza con que he cumplido su encargo. En la adjunta nota (2) verá Vd. todo lo que *El Español*, de Blanco, contiene acerca de Martínez Marina. Blanco reimprimió, en su periódico, casi la mitad del *Ensayo histórico-crítico*, en son de compendiarle.

Desde Santander y con más calma escribiré a Vd. (3) sobre el proyecto de publicar juntos los escritos del pobre Gumersindo Laverde (q. s. g. h). Encontrar editor no es difícil, pero yo quisiera que este editor pagase algo a la familia de Laverde. Su viuda me ha remitido últimamente un legajo de poesías y artículos. Otros muchos papeles suyos tengo en Santander, y desde allí podré decir a Vd. con seguridad los que me falten.

El Español, de Blanco, está en la Biblioteca Nacional. Se lo digo a Vd. por si le interesa mandar sacar a cualquiera persona de su confianza copia de la carta de M. Marina, publicada en el núm. 1.º, aunque supongo que de esta carta habrá otras ediciones. Lo que Blanco dice por su cuenta no es más que lo que va en la nota.

Suyo afmo. amigo, compañero y s. s. q. b. s. m., M. Menéndez y Pelayo.

En relación con este empeño de imprimir póstumamente las obras de Laverde, se registra, en 1903-1904, nueva actividad epistolar, a la que pertenecen las siguientes cartas, procedentes del archivo propiedad de los herederos de D. Fermín Canella:

Lugo, 3 agosto, 1903.

Sr. D. Fermín Canella.

Muy señor mío y amigo de mi consideración más distinguida: después de algunos años de tentativas, hoy es un hecho la impresión

(2) Dicha nota no se conserva en el archivo de Canella, que guarda en Oviedo su familia, o, al menos, no figura adjunta a la presente carta de don Marcelino.

(3) No se guarda en el archivo de Canella esta carta anunciada por don Marcelino, a quien las numerosas e importantes tareas obligaban a diferir muchas veces nobles y puras intenciones.

de las obras de mi padre queridísimo y amigo suyo, Gumersindo, (q. e. p. d.), lo que será un medio de ver honrada su memoria, uno de mis más vehementes deseos. D. Marcelino Menéndez me escribió hace días y me dice se encarga del prólogo y corrección de pruebas (4).

Como además de lo inédito se reimprimirán de los *Ensayos críticos* algunos artículos de actualidad, para lo que me dice el señor Pelayo ser necesario el envío de un tomo, y careciendo yo de ejemplares, me indica el presbítero, D. José Comas, encargado de la impresión, posee Vd. un ejemplar y le ruego haga el favor de prestarlo a los señores Navarro y Hnos., pues la nueva obra se imprimirá en la imprenta de *El Pensamiento de Asturias*. (Las Libertades). Campo de la Lana (Argüelles), núm. 1, de esa población.

Anticipando a Vd. las más expresivas gracias por tan gran favor, soy de Vd. su más atento affmo. amigo s.s. que b. s. m. *Jesús Laverde*.

En conexión con la antecedente carta se encuentra la que, dos meses más tarde, dirige al Sr. Canella el Canónigo Magistral de Covadonga, D. José Comas, que se encontraba en relación epistolar con M. Pelayo y con el hijo de Laverde, D. Jesús, al tiempo que éste lo estaba con D. Marcelino y el propio Canella, todos ellos unánimamente acordes en el buen deseo de hacer realidad tipográfica el sueño de las obras de Laverde. He aquí la tesonera carta del canónigo devoto de la memoria de D. Gumersindo:

Coviella, 9 de octubre de 1903

Sr. D. Fermín Canella.

Muy Sr. mío y de toda mi consideración: Me voy a tomar la libertad de escribirle sin título ninguno para hacerlo a no ser la bondad que le caracteriza y el entusiasmo por todo lo que sean glorias asturianas.

Creyendo estos dos motivos suficientes, renuncio a la mediación amistosa de mi amigo, D. Braulio Vigón, a quien se me había ocurrido escribir para que me presentase a Vd.

(4) Procuraremos localizar la aludida carta de M. Pelayo en los archivos familiares de los herederos de Laverde.

Es el caso que por indicación y aun iniciativa de este su servidor, se publicarán en el folletín del *Pensamiento de Asturias* las obras del Sr. Laverde. Su hijo, D. Jesús, me escribe diciendo que Vd. se encargará de entenderse con los Navarro para dirigir la edición. De ello me felicito, porque ni yo tengo aptitudes para ello, ni, aun cuando las tuviese, estoy en condiciones, puesto que necesito vivir en Covadonga sin salir de allí en un período de seis meses.

Me apresuro, sin embargo, a comunicarle los pocos datos que tengo y observaciones que se me ocurren, por si pudieran servirle de algo: en primer lugar, el libro llevará un prólogo de M. Pelayo, que este señor escribirá cuando pueda antes de que se publique el primer tomo. Como la numeración de las páginas es distinta, esta tardanza no de dificultar la edición.

En segundo lugar, supongo que los Navarro habrán recibido algunos originales que el Sr. Menéndez remitió certificados con fecha 2 del corriente. Son las poesías acerca de las cuales nos dice este Sr.: «Conforme enteramente con Vd. en lo que toca a las poesías que tan pocos lectores tienen; he suprimido todas las que llevan al margen un *no*. Aligerada de este modo la edición, entraremos en los estudios críticos, que ya están copiándose por orden mía y que el hijo del señor Laverde enviará a Vd. directamente».

D. Jesús me escribe enviándome una nota de los trabajos de crítica que se han de publicar y que le incluyo. No me atrevo a hacer indicaciones a un hombre como Menéndez Pelayo, que es quien ha hecho esta selección, pero me parece que son muy dignos de figurar en este libro los trabajos del Sr. Laverde que el mismo M. Pelayo inserta en *La Ciencia Española* y aun quizá algunos otros como los discursos de apertura (5), etc.

(5 Ya es sabido que el que pronunció Laverde en la apertura de curso compostelano 1884-1885, sobre Fox Morcillo, lo redactó, salvo los párrafos introductorios y los de cierre, Menéndez Pelayo. Y en cuanto a la Carta-Prólogo a *La Ciencia Española*, también su definitiva versión, ampliando una más breve y desajustada de Laverde, se debe, según me informa D. Ignacio Aguilera, a la pluma de D. Marcelino, quien, por estar en el secreto de ello, tendería a que no se reprodujeran en las obras póstumas de D. Gumersindo unos textos que sólo muy parcialmente le pertenecían. El hecho de que el Sr. Comas ignorase estos antecedentes, explica el tono de su carta.

Usted verá y Vd. lo expondrá a ese señor. Creo que el título más legítimo que tiene Laverde para legar su nombre a la posteridad es el de haber contribuído a formar a D. Marcelino. Por consiguiente, todos los escritos de D. Gumersindo que digan alguna relación con su discípulo deben publicarse y conservarse. Este es mi parecer, «salvo meliori».

Nada más tengo que decirle. Dispénseme el atrevimiento y disponga como guste, aquí y en Covadonga, de lo poco que vale este su affmo. servidor y capellán, *José Comas.*

P. S.: Le suplico también que escriba un artículo presentación en el periódico. Me lo encargaron a mí, pero no soy competente. Es un nuevo favor.

Correspondiendo al tercer intento de publicación póstuma de las obras de Laverde (las dos anteriores de finales de 1890 y años 1903-1904), D. Marcelino ventiún días antes de su muerte dirigió al ilustre catedrático de la Universidad de Oviedo, D. Fermín Canella, la siguiente carta, con la que remetemos este avance de un más amplio estudio y que une el directísimo interés respecto al tema laverdaico en sí, la posible trascendente y emotiva calidad de ser la última carta extensa y enteramente autógrafa surgida de la pluma del sabio maestro santanderino. Renunciando (como actitud de respeto frente a la postrera auto-inspección psicológica de D. Marcelino) a la tentación de glosarla línea a línea, sólo destacamos las afirmaciones de fidelidad a la memoria de D. Gumersindo; que habla de «ganar tiempo», a punto de entrar en el sosiego sin límites, de ganar el intemporal tiempo de lo eterno y de que transparente un lógico optimismo vital y una entrañable esperanza de recobro de la salud cuando alude a que no sabe cuándo podrá de nuevo volver a Madrid, a aquel Madrid, corazón de la patria, del que nunca saliera, y en el que para siempre se habrá quedado, como el símbolo más alto de la moderna cultura española.

Santander, 28 de abril de 1912.

Sr. D. Fermín Canella y Secades.

Mi muy querido amigo: Perdone Vd. que conteste con algún retraso a su atenta carta del 5. Por causa de la pícara enfermedad, que afortunadamente va cediendo, pero que me impone las molestias de

larga convalecencia y forzada moderación en el trabajo, llevo con poco orden todos mis asuntos, y no son pocos los que se han acumulado en esta última temporada.

Aun hoy seré más lacónico de lo que quisiera, porque el principal objeto de esta carta (después de dar a Vd. las gracias por sus cariñosas expresiones acerca de los *Heterodoxos*, cuyo segundo tomo está ya en prensa) es responder a lo que Vd. me dice acerca de la impresión de los escritos de nuestro difunto e inolvidable amigo don Gumersindo Laverde. Esta edición estaría ya hecha si el hijo del autor hubiese mostrado más diligencia o maña. Por mi parte, creo fácil encontrar un editor que haga a su costa la tirada, y conceda algún beneficio pecuniario a la familia, además de cierto número de ejemplares. En otra cosa no hay que pensar, porque Vd. sabe cuán poco y lentamente se venden en España los mejores libros. Si la familia aprueba este proyecto, yo se lo recomendaré a Suárez, que es persona formal y dara mejores condiciones que ninguno otro. Pero en el caso de que haya persona que sin pertenecer al comercio de libros, quiera prestar este obsequio amistoso a los hijos de Laverde, la preferencia no puede ser dudosa.

De todos modos, la edición no costará mucho, aun haciéndola con cierto esmero, porque lo que Laverde ha dejado es muy poco. Puede reducirse a lo siguinte:

1. El tomo de *Ensayos*, ya publicado en 1868, y que es ya muy difícil de encontrar.

2. Otros escritos posteriores en la *Revista de España* y en varias de Galicia, Asturias y Santander.

3. Una pequeña colección de poesías, casi todas impresas ya en los periódicos.

4. Tres o cuatro artículos y discursos que están en mi *Ciencia española*.

Y nada más recuerdo. Dejó un legajo abultado de notas para una bibliografía de escritoras españolas, pero hoy sería enteramente inútil su publicación, por lo incompletas que están y por haber agotado después este asunto D. Manuel Serrano en una de las Memorias premiadas por la Biblioteca Nacional.

En suma, los escritos de Laverde pueden formar tres tomitos en octavo español, que serán de muy útil y sabrosa lectura. Yo me

ofrezco, desde luego, a dirigir la publicación en su parte literaria, indicando el orden en que han de de imprimirse los trabajos, los periódicos donde han de copiarse los que faltan, etc., y escribiendo la biografía literaria de Laverde, último obsequio que puedo tributar a la memoria de aquel tan buen amigo y excelente hombre. Esta biografía tendrá que ir algo despacio por el estado de mi salud, y por tener que revolver mis papeles, que están en gran desorden, pero para ir ganando tiempo se pueden ir imprimiendo, entre tanto, los escritos, cuyas pruebas revisaré yo mismo escrupulosamente. Lo primero será enviar a la impreneta un ejemplar de los *Ensayos*, pues yo de ninguna manera les he de mandar el que tengo, lleno de notas de Laverde y mías.

De la subvención me parece que no conviene hablar ahora, sino cuando haya un tomo impreso. Si no, darán buenas palabras y nada más. Pero en estas materias me reconozco enteramente lego y deseo no intervenir para nada en lo que pudiéramos llamar la parte *económica* de la publicación. Pero en lo puramente literario estoy a las órdenes de esa señora.

Mucho deseo que se resuelva Vd. a publicar cuanto antes la obra inédita de Martínez Marina.

Todavía no sé a punto fijo cuándo podré dar un vuelta por Madrid. El tiempo allí y aquí anda muy revuelto, y para los cuidados de la convalecencia estoy mejor en casa.

De Vd. siempre muy cordial amigo y s. s. q. b. s. m., M. Menéndez y Pelayo.

DIONISIO GAMALLO FIERROS